

JAMES DASHNER

LA CURA MORTAL

Traducción del inglés
Noemí Risco Mateo

 NOCTURNA
EDICIONES

Título original inglés: *The Death Cure*

© de la obra: James Dashner, 2011

Publicado en 2011 por Delacorte, un sello de Random House

© de la traducción: Noemí Risco Mateo, 2013

© de la presente edición: Nocturna Ediciones, S.L.

c/ Corazón de María, 39, 8.º C, esc. dcha. 28002 Madrid

info@nocturnaediciones.es

www.nocturnaediciones.es

Primera edición en Nocturna: enero de 2013

Quinta edición: septiembre de 2014

Sexta edición: octubre de 2014

Séptima edición: noviembre de 2014

Octava edición: agosto de 2015

Novena edición: octubre de 2016

Décima edición: enero de 2018

Preimpresión: Elena Sanz Matilla

Impreso en España / *Printed in Spain*

Imprenta Kadmos, S.C.L.

Código IBIC: YFB

ISBN: 978-84-939750-3-6

Depósito Legal: M-1211-2013

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

*Este libro es para mi madre:
el mejor ser humano que ha existido nunca.*

CAPÍTULO 1

El olor fue lo que empezó a desquiciar a Thomas.

No fue por llevar más de tres semanas solo. No fueron las paredes, el techo ni el suelo de color blanco. No fue porque no hubiera ventanas o porque nunca apagaran las luces. Nada de eso. Le habían quitado el reloj, le alimentaban con la misma comida tres veces al día —un trozo de jamón, puré de patatas, zanahorias crudas, una rebanada de pan y agua—, nunca le hablaban y no permitían entrar a nadie en la habitación. Sin libros, sin películas, sin juegos.

Aislamiento total. Ya habían pasado más de tres semanas, aunque había empezado a dudar de su percepción del tiempo, que se basaba puramente en su instinto. Intentaba adivinar cuándo caía la noche para asegurarse de que sólo dormía durante lo que a él le parecían las horas normales. Las comidas ayudaban, aunque no llegaban con regularidad. Como si pretendieran desorientarlo.

Solo. En una habitación acolchada, carente de color. Las únicas excepciones eran un pequeño inodoro de acero inoxidable en un rincón, casi escondido, y un viejo escritorio de madera que Thomas no usaba para nada. Solo en un silencio insoportable, con tiempo

ilimitado para pensar en la enfermedad que arraigaba en su interior: el Destello, aquel virus progresivo y silencioso que lentamente iba eliminando todo lo que dotaba de humanidad a una persona.

Nada de aquello le volvía loco.

Lo que sí lo hacía era el hedor que emanaba, que por alguna razón le ponía tan tenso que sus nervios eran capaces de cortar el sólido bloque de la cordura. No le dejaban ducharse o bañarse, no le habían dado ropa para que se cambiara desde que llegó ni nada con lo que limpiar su cuerpo. Un simple trapo le habría ayudado; podría haberlo mojado en el agua que le daban para beber y al menos haberse limpiado la cara. Pero no tenía nada más que la ropa sucia que llevaba puesta cuando le encerraron allí. Ni siquiera había sábanas. Dormía hecho un ovillo, con el trasero encajado en una esquina de la habitación y los brazos cruzados para intentar coger algo de calor, puesto que a menudo temblaba.

No sabía por qué el mal olor de su propio cuerpo era lo que más le asustaba; tal vez era una señal de que había perdido el juicio. Pero, por algún motivo, su precaria higiene se le agolpaba en la cabeza y le provocaba pensamientos terribles. Como si se estuviera pudriendo, descomponiendo, y sus entrañas se hubieran vuelto tan rancias como se sentía por fuera.

Eso era lo que le preocupaba, aunque pareciera irracional. Tenía bastante comida y agua suficiente para saciar la sed; también descansaba y hacía el ejercicio que podía en aquella pequeña habitación,

donde a menudo se ponía a correr durante horas sin avanzar. Por lógica sabía que estar sucio no tenía nada que ver con la fuerza de su corazón o el funcionamiento de sus pulmones. Aun así, su mente empezaba a creer que aquel hedor incesante representaba la muerte cada vez más cercana y a punto de devorarlo.

Todos aquellos oscuros pensamientos le hacían preguntarse si Teresa no le habría mentado la última vez que hablaron, cuando le dijo que era demasiado tarde para él e insistió en que pronto sucumbiría al Destello y se volvería loco y violento. Que ya había perdido la cordura antes de llegar a ese horrible lugar. Hasta Brenda le había advertido de que la situación iba a empeorar. Quizás ambas tenían razón.

Y a eso se sumaba la preocupación por sus amigos. ¿Qué les había sucedido? ¿Dónde estaban? ¿Qué causaba el Destello en sus mentes? Después de todo a lo que habían estado sometidos, ¿así iban a terminar?

La cólera le invadía como una rata temblorosa en busca de un lugar cálido, de unas migas de comida. Y conforme transcurrían los días, la ira se intensificaba de tal manera que a veces se ponía a temblar incontrolablemente antes de poder contener la furia y guardarla. No quería que se fuera para siempre; tan sólo la almacenaba y dejaba que aumentara. Esperaba el momento adecuado, el lugar adecuado, para desatarla. CRUEL le había hecho todo aquello. CRUEL le había arrebatado su vida, a él y a sus amigos, y los utilizaban para

cualquier fin que consideraran necesario. No importaban las consecuencias.

Y por ese motivo lo pagarían. Thomas se juraba aquello miles de veces al día.

Todas esas cosas le pasaron por la cabeza cuando se sentó con la espalda apoyada en la pared, mirando la puerta —y el feo escritorio de madera que había enfrente—, en lo que suponía que era la última hora de la mañana de su vigésimo segundo día cautivo en la habitación blanca. Siempre hacía lo mismo tras el desayuno, tras el ejercicio. Esperaba contra toda esperanza que la puerta se abriera —en realidad, que se abriera del todo—, la puerta entera, no sólo la rendija inferior por la que le pasaban la comida.

Ya había intentado infinidad de veces abrirla él mismo, pero los cajones del escritorio estaban vacíos, no había nada más que olor a moho y cedro. Miraba todas las mañanas por si había aparecido algo por arte de magia mientras dormía. Esas cosas solían ocurrir cuando se trataba de CRUEL.

Y así estaba sentado, con la vista clavada en la puerta. Paredes blancas y silencio. El olor de su propio cuerpo. Pensando en sus amigos: Minho, Newt, Fritanga y los otros pocos clarianos que quedaban vivos. Brenda y Jorge, que habían desaparecido sin dejar rastro tras su rescate en el gigantesco iceberg. Harriet y Sonya, las demás chicas del Grupo B, y Aris. Pensó en Brenda y la advertencia que le había hecho la primera vez que despertó en la habitación

blanca. ¿Cómo había hablado en su mente? ¿Estaba o no de su parte?

Pero, sobre todo, pensó en Teresa. No podía sacársela de la cabeza, aunque la odiaba un poco más cada instante que pasaba. Sus últimas palabras habían sido «CRUEL es buena», y fuera cierto o no, para Thomas ella había acabado representando todas las cosas terribles que habían ocurrido. Cada vez que pensaba en ella, la cólera bullía en su interior.

Quizá toda esa rabia era la última cuerda que le ataba a la cordura mientras esperaba.

Comía. Dormía. Hacía ejercicio. Ansiaba la venganza. Eso fue lo que hizo durante tres días más. Solo.

Al vigésimo sexto día, la puerta se abrió.

CAPÍTULO 2

Thomas se lo había imaginado infinidad de veces: lo que haría, lo que diría. Cómo se apresuraría a enfrentarse a cualquiera que entrara y después echaría a correr para huir, escapar. Pero aquellas ideas eran más bien por puro entretenimiento. Sabía que CRUEL no permitiría que sucediera nada parecido. No, tenía que planearlo todo al detalle antes de actuar.

Cuando ocurrió de verdad, cuando la puerta se abrió con el ligero sonido de un soplido y quedó abierta de par en par, Thomas se sorprendió ante su propia reacción: no hizo nada. Algo le decía que una barrera invisible había aparecido entre él y el escritorio, como en los dormitorios al salir del laberinto. No era el momento de actuar. Aún no.

Apenas experimentó una leve sorpresa cuando entró el Hombre Rata, el tipo que habló a los clarianos de la última prueba a la que les iban a someter, a través de la Quemadura. Tenía la misma nariz larga, los mismos ojos de comadreja; aquel pelo grasiento, peinado sobre una calva evidente que ocupaba la mitad de su cabeza. El mismo ridículo traje blanco. Aunque parecía más pálido que la última

vez que lo vio y sujetaba con la parte interior del codo una gruesa carpeta llena de papeles arrugados, colocados desordenadamente, mientras arrastraba una silla de respaldo recto.

—Buenos días, Thomas —dijo con un forzado gesto de cabeza.

Sin esperar respuesta, cerró la puerta, puso la silla detrás del escritorio y se sentó. Dejó la carpeta delante de él, la abrió y comenzó a hojear las páginas. Cuando encontró lo que estaba buscando, se detuvo y apoyó las manos encima. Después, esbozó una patética sonrisa y fijó los ojos en él.

Cuando finalmente habló, Thomas se dio cuenta de que llevaba semanas sin hacerlo y su voz sonó ronca:

—Sería un buen día si me dejaras salir.

No hubo ni un atisbo de cambio en la expresión del hombre.

—Sí, sí, lo sé. No tienes que preocuparte. Hoy vas a oír muchas noticias positivas. Confía en mí.

Thomas reflexionó sobre aquello, avergonzado por dejar que le diera esperanzas, aunque fuera un segundo. Debería saber ya lo que le aguardaba.

—¿Noticias positivas? ¿No nos escogisteis porque pensabais que éramos inteligentes?

El Hombre Rata se quedó callado varios segundos antes de responder.

—Inteligentes, sí. Entre otras razones importantes. —Se detuvo para estudiarle antes de seguir—. ¿Crees que disfrutamos con todo

esto? ¿Crees que disfrutamos viendo cómo sufres? Todo tiene un objetivo y muy pronto cobrará sentido para ti. —La intensidad de su voz había aumentado tanto que prácticamente gritó la última palabra, alterado.

—¡Vaya! —exclamó Thomas, cada vez más atrevido—. Cálmate un poquito, tío. Te quedan tres minutos para que te dé un ataque al corazón.

Le sentó bien decir aquellas palabras.

El hombre se levantó de la silla y se inclinó sobre el escritorio. Las venas de su cuello sobresalían como cuerdas tensas. Se volvió a sentar despacio y respiró varias veces profundamente.

—Sería de esperar que casi cuatro semanas encerrado en este habitáculo blanco le dieran una lección de humildad a un chico, pero tú pareces más arrogante que nunca.

—Entonces, ¿vas a decirme que no estoy loco? ¿Que no tengo el Destello ni lo tuve nunca? —Thomas no pudo reprimirse. La rabia aumentó en él hasta tal punto que creyó que iba a explotar. Pero se obligó a bajar la voz—. Eso es lo que me ha mantenido cuerdo todo este tiempo. En el fondo sabía que habíais mentido a Teresa, que esa no era más que otra de vuestras pruebas. Bueno, ¿y ahora adónde voy? ¿Me vas a enviar a la fuca luna? ¿O a cruzar un océano a nado en ropa interior? —Sonrió para acentuar más el énfasis.

Durante su discurso, el Hombre Rata se había limitado a contemplarlo con la mirada perdida.

—¿Has terminado?

—No, no he terminado. —Había esperado día tras día una oportunidad para hablar, pero, ahora que por fin había llegado, su mente estaba en blanco. Se había olvidado de todos los guiones que había desarrollado en su cabeza—. Quiero..., quiero que me lo cuentes todo. Ya.

—Oh, Thomas —dijo el Hombre Rata en voz queda, como si fuera a darle una noticia triste a un niño pequeño—, no te hemos mentido. Sí tienes el Destello.

Thomas se quedó desprevenido y un escalofrío cortó la intensidad de su cólera. ¿Seguía mintiendo el Hombre Rata?, se preguntó. Pero se encogió de hombros, como si ese dato lo hubiera sospechado siempre.

—Bueno, aún no he comenzado a volverme loco.

Hubo un momento —después de todo aquel tiempo cruzando la Quemadura, de estar con Brenda, rodeado de raros— en que asumió que acabaría contrayendo el virus. Pero se decía para sus adentros que todavía estaba bien. Seguía cuerdo. Y eso era lo que importaba por ahora.

El Hombre Rata suspiró.

—No lo entiendes. No entiendes qué he venido a decirte.

—¿Por qué iba a creer las palabras que salen de tu boca? ¿Cómo esperas que lo haga?

Thomas se dio cuenta de que se había levantado, pero no recordaba haberlo hecho. Su pecho subía y bajaba por la dificultosa

respiración. Tenía que controlarse. La mirada del Hombre Rata era fría; sus ojos, dos negros pozos. Estuviera o no mintiendo, sabía que tendría que escucharle si quería abandonar la habitación blanca. Hizo un esfuerzo por calmar su respiración. Esperó.

Tras varios segundos en silencio, el visitante continuó:

—Sé que te hemos mentado. A menudo. Te hemos hecho unas cuantas cosas terribles a ti y a tus amigos. Pero era todo parte de un plan con el que no sólo estuviste de acuerdo, sino que ayudaste a poner en marcha. Hemos tenido que llevarlo un poco más lejos de lo que esperábamos al principio, de eso no hay duda. Sin embargo, todo ha ido según lo que previeron los creadores, lo que tú previste en su lugar después de que fueran... purgados.

Thomas negó con la cabeza lentamente; sabía que, de alguna manera, había tenido algo que ver con esa gente, pero el hecho de hacer pasar a alguien por lo que habían vivido era incomprensible.

—No me has contestado. ¿Cómo puedes esperar que crea lo que dices?

Recordaba más de lo que contaba, por supuesto. Aunque la ventana a su pasado estaba cubierta de mugre y no revelaba más que retazos, sabía que había trabajado con CRUEL. Sabía que también lo había hecho Teresa y que ambos ayudaron a crear el laberinto. Había recordado algunas cosas más.

—Porque, Thomas, no tiene sentido mantenerte en la ignorancia —respondió el Hombre Rata—. Ya no.

De repente se sintió cansado, como si se hubiera quedado sin fuerzas, sin nada. Se dejó caer al suelo con un fuerte suspiro y negó con la cabeza.

—Ni siquiera sé qué significa eso.

¿Qué sentido tenía mantener una conversación cuando no podía confiar en sus palabras?

El Hombre Rata siguió hablando, pero su tono cambió; se hizo menos indiferente y clínico, más profesional:

—Está claro que eres consciente de que existe una enfermedad horrible que devora las mentes humanas a lo largo del mundo. Todo lo que hemos hecho hasta ahora ha sido calculado con un único propósito: analizar los patrones de tu cerebro y crear un programa a partir de ellos. El objetivo es utilizar ese programa con el fin de que desarrolle una cura para el Destello. Las vidas perdidas, el dolor y el sufrimiento... Desde el principio sabías lo que estaba en juego. Todos lo sabíamos. Se hizo para asegurar la supervivencia de la raza humana. Y estamos muy cerca. Muy, muy cerca.

Los recuerdos habían vuelto a Thomas en varias ocasiones. El Cambio, los sueños que había tenido desde entonces, imágenes efímeras aquí y allá, como rápidos relámpagos. Y en ese instante, al escuchar al hombre de blanco, tuvo la sensación de hallarse junto a un precipicio con todas las respuestas a punto de ascender desde las profundidades para que él las viera en su totalidad. Las ansias por alcanzar esas respuestas eran casi demasiado fuertes para mantenerlas a raya.

Pero seguía sin fiarse. Sabía que había formado parte de aquello, que ayudó a diseñar el laberinto, que había tomado el mando tras la muerte de los creadores y que el programa continuaba con nuevos reclutas.

—Recuerdo lo suficiente para avergonzarme de mí mismo —admitió—. Pero pasar por este tipo de abuso es muy distinto a planificarlo. No está bien.

El Hombre Rata se rascó la nariz y se movió en su asiento. Algo en esa réplica le había afectado.

—Veremos lo que piensas al final del día, Thomas. Ya lo veremos. Pero deja que te pregunte: ¿me estás diciendo que no merece la pena perder unas pocas vidas para salvar a incontables personas? —Volvió a hablar con vehemencia, inclinándose hacia delante—. Es un axioma muy antiguo, pero ¿crees que el fin justifica los medios? ¿Cuando no queda otra opción?

Thomas se quedó con la vista fija. Era una pregunta que no tenía una buena respuesta.

Quizás el gesto que hizo el Hombre Rata fuera una sonrisa, pero parecía más bien una mueca despectiva.

—Pues recuerda que una vez creíste que sí, Thomas. —Empezó a recoger sus papeles como si fuera a marcharse, pero no se movió—. Estoy aquí para decirte que todo está organizado y nuestros datos se hallan casi completos. Estamos en la cúspide de algo grande. En cuanto tengamos el programa, podrás ir a llorarles a tus amigos lo injustos que hemos sido.

Thomas deseó interrumpir al hombre con duras palabras, pero se contuvo.

—¿Cómo vais a conseguir el programa del que me hablas a base de torturarnos? ¿Qué puede tener que ver enviar a la fuerza a un puñado de adolescentes a lugares terribles, mientras observáis cómo algunos mueren, con encontrar una cura para una enfermedad?

—Absolutamente todo. —Suspiró con fuerza—. Chico, pronto lo recordarás y tengo el presentimiento de que lo vas a lamentar mucho. Entretanto, hay algo que debes saber; incluso puede que te haga recapacitar.

—¿Y qué es? —Thomas no tenía ni idea de lo que quería decirle.

El visitante se levantó, se alisó las arrugas de sus pantalones y se colocó bien la bata. Luego juntó las manos a su espalda.

—El virus del Destello vive en cada parte de tu cuerpo, aunque no tiene efecto en ti ni lo tendrá nunca. Perteneces a un grupo de personas extremadamente singulares. Eres inmune al Destello.

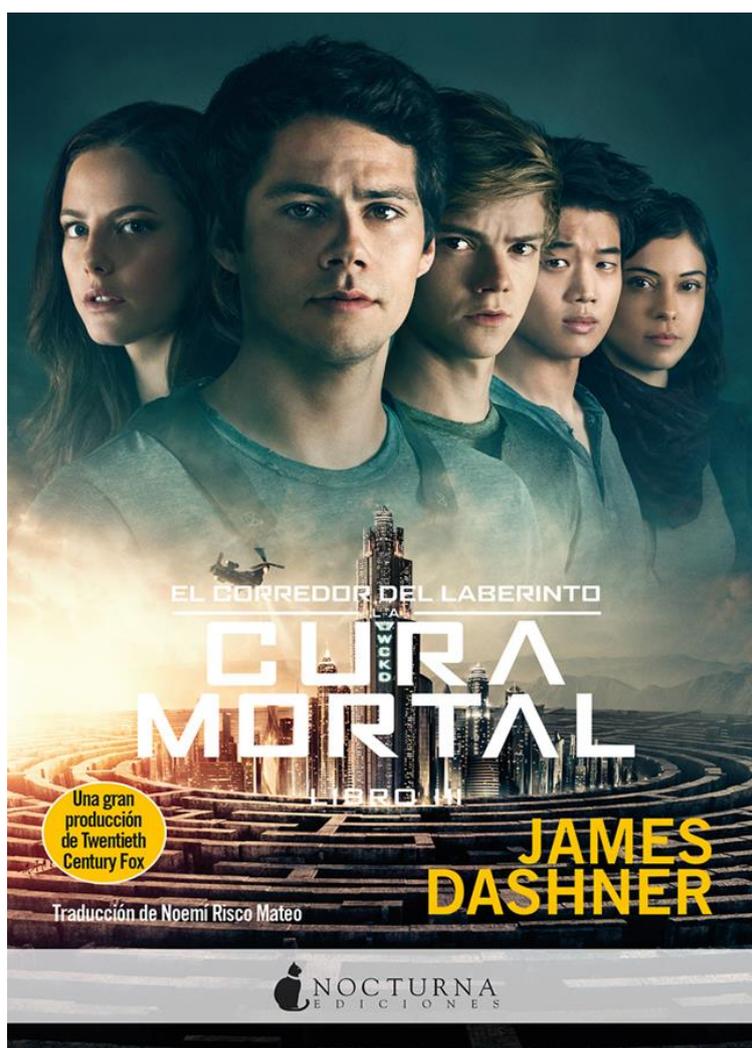
Thomas tragó saliva, estupefacto.

—En el exterior, en las calles, a los que sois así os llaman «munos» —continuó el Hombre Rata—. Y os odian a muerte.

SIGUE LEYENDO

LA CURA MORTAL

JAMES DASHNER



ISBN: 978-84-939750-3-6 | PVP: 17,00 € | 449 pp.

 NOCTURNA
EDICIONES